

2.^a.- C) «Las leyes de la conciencia que decimos nacen de la naturaleza, nacen de la costumbre»

Para Montaigne, por lo tanto, no es la conciencia la que nos dicta nuestras normas de conducta; no existe, pues, moral natural. Y esta idea está tan afincada en él que, como en el caso de los *milagros* y en otros más, volverá a afirmar en el capítulo XII del Libro 2.^o, que no hay leyes naturales.

Nuestras reglas morales nos vienen impuestas por la costumbre de nuestro entorno familiar, social, político y religioso: son pura rutina. Y tanta es la autoridad de la costumbre que se apodera de nosotros sin que ni siquiera lo advirtamos.

3.^a.- C) «Hasta el punto de que lo que se sale de las normas de la costumbre, se cree que está fuera de las normas de la razón»¹⁸.

También es en este capítulo donde aconseja la conducta que debe seguir el hombre prudente y juicioso, conducta que ha sido considerada muy propia del conservadurismo político que manifiesta Montaigne en varios momentos y particularmente con ocasión de rechazar la «novedad» que ha dado lugar a las guerras de religión. Dice así:

...que el prudente debe, en su fuero interno, separar su alma de la multitud, y mantenerla en libertad y poder de juzgar libremente de las cosas; pero frente al exterior, debe adoptar completamente las maneras y normas vigentes¹⁹.

Este consejo —como si fuera una consigna— es el que adoptarán los libertinos eruditos o librepensadores, sobre todo después de la condena y muerte del gran poeta Teófilo de Viau para, dado el régimen político absolutista existente y «convencidos de la inutilidad de una lucha abierta, salvar al menos lo esencial de la libertad inferior de la inteligencia y del pensamiento».

«Intus ut libet, foris ut moris est», dirá en una carta a su hijo el médico Guy Patin, porque hay que adaptarse a las circunstancias²⁰.

Y así es cómo la curiosidad de Montaigne, que le ha impulsado a recopilar las costumbres que ha considerado más dignas de ser conocidas, le relaciona, en cierto modo, con los primeros etnólogos que han reunido datos más o menos ciertos y de manera sistemática. Pero Montaigne ha ido más lejos porque no se ha conformado con acumular datos y no sólo por la lección de tolerancia, de pluralismo, de relativismo moral que inspira el capítulo sobre «las costumbres». Sus oportunas reflexiones y crítica de la vida de su tiempo, como la muy importante, entre otras, de la administración de justicia, así como sus afirmaciones tan categóricas como audaces que hemos citado, constituyen aportaciones de gran interés para la creación posterior de una ciencia del hombre. Las noticias que le han llegado a través de los historiadores de Indias, especialmente de López de Gómara, han enriquecido notablemente los *Ensayos* y los han dotado de futuras perspectivas antropológicas.

Se acaba aquí el fruto intelectual que Montaigne ha recogido y nos ha transmitido del descubrimiento de América. Montaigne, tan al tanto de la actualidad de su tiempo, no ha dejado de aportar su contribución a un tema ampliamente difundido en el Rena-

¹⁸ L. I.^o, cap. XXIII, pág. 112 (C), pág. 115 (C) y pág. 116 (C).

¹⁹ L. I.^o, cap. XXIII, pág. 118 (A).

²⁰ Antoine Adam, obra cit., pág. 157.

cimiento, la oposición entre la bondad del hombre natural, inocente, ingenuo, que vive feliz en íntimo contacto con su entorno natural, frente al hombre corrompido por la civilización, tema que, por otra parte, no podía ser soslayado por Montaigne ya que la crítica que encierra, coincidía, en cierta manera, con su disconformidad hacia la organización social europea de la época en que le tocó vivir, así como los su indignación por los abusos y crímenes perpetrados contra los indígenas del mundo recientemente descubierto.

También él se ha dejado fascinar por el ensueño de una vida presuntamente feliz, no acongojada por los males que inventan la ignorancia y la crueldad del hombre civilizado. Nos referimos, claro está, al mito del «buen salvaje». Ya a principios del siglo XVII saldrá a la luz, resurgido en el siglo anterior, el mito de la edad de oro que, a su vez, influirá en la proliferación de novelas pastoriles con la exaltación de placeres sencillos y naturales. El sueño y la ilusión de una vida libre del deseo de gloria, de ambición, de avaricia, del ansia de oro y de poder florecerá repetidas veces en la literatura del siglo XVII y constituirá un anhelo común, no por utópico menos real, particularmente en las obras de los libertinos, pese a sus diversas particularidades y tendencias personales, noble obsesión cuya vigencia más o menos soterrada perdurará durante toda la centuria. En este aspecto, también, y en muchos otros, grande será la influencia de Montaigne —a la que ya hemos aludido— en los libertinos eruditos del llamado «siglo clásico». Desgraciadamente, una historia de la literatura deliberadamente parcial ha venido presentando este siglo sin fisuras y monolítico, silenciando, sobre todo, la actividad literaria del primer tercio del siglo que es de capital importancia. Precisamente, ya entonces estaba siendo minado por ideas renovadoras que florecerán en el siglo de las luces. Decisivo acerca de esta influencia es el testimonio de Pierre Villey: «Tengo interés en señalar, sin embargo, que, si no me hubiera faltado espacio, hubiese dado muchas más citas de Naudé, de La Mothe Le Vayer y de su grupo, con el fin de demostrar mejor la deuda de los libertinos del siglo XVII (hacia Montaigne) que es considerable»²¹.

Sólo citaremos aquí un ejemplo de este tema, en la literatura española, de una obra que conoció Montaigne. Antonio de Guevara, autor que alcanzó gran celebridad en la Europa de su tiempo con su *Relox de Príncipes o Libro Aureo del Emperador Marco Aurelio* había introducido en el texto un episodio, «El villano del Danubio», que exalta la superioridad moral del hombre «natural» frente a la perversión del hombre civilizado. Esta narración difundió en toda Europa el mito del buen salvaje. Hasta La Fontaine, ya a últimos del siglo XVII, todavía se inspirará en Antonio de Guevara para escribir la fábula que tituló «El campesino del Danubio» (Libro XI, fábula VII).

Puede decirse que este episodio de Antonio de Guevara difundirá en Europa el mito del «buen salvaje» aunque ya era perceptible en la obra de Bartolomé de las Casas, en los libros de viajes y hasta en los historiadores de Indias.

Mas la originalidad de Montaigne estriba, desde nuestro punto de vista, en una característica esencial: el haber encarnado en seres reales el personaje mítico y no en

²¹ Pierre Villey, *Montaigne, Essais*, pág. 1118 y Otilia López Fanego, «Montaigne y los librepensadores franceses del siglo XVII», *Cuadernos Hispanoamericanos*, septiembre, 1980, n.º 363, págs. 546-559.

seres de ficción dotados de tendencia moralizadora abstracta. La proximidad en el tiempo y en el espacio, por lo que a Francia se refiere, le ha permitido una comparación entre sus «buenos salvajes» y sus compatriotas, que va a conferir al tema tradicional, resonancias distintas. Ha desarrollado este asunto especialmente en el capítulo «De los caníbales» que ha dado lugar a múltiples comentarios e interpretaciones, no sólo diferentes sino contradictorias. Se ha extendido, en la descripción de la fertilidad y salubridad de esas regiones y en la ingenuidad y bondad de sus habitantes que hasta ignoran las palabras que significan «mentira, traición, disimulo, avaricia, envidia, maledicencia» y, como si respondiera a Platón, piensa cuán alejada de esta perfección le parecería al filósofo la «República» que imaginó. Esos indios constituyen realmente una sociedad en todo semejante a lo que se cuenta de la edad de oro, sin guerras de conquista, sin persecución del vencido en las escaramuzas que hacen sólo para poner a prueba su valor, pues son valientes. Ponderará la dulzura de su vida despreocupada e insistirá, cómo no, en que carecen de ambición, de comercio lucrativo y en que no hay entre ellos apenas distinciones sociales. Elogiará igualmente sus dotes poéticas. Recordemos que Carlos V pasó también una tarde agradable en Valladolid viendo danzas indias y escuchando su música exótica. Tampoco tienen leyes ni magistrados y esta circunstancia dará lugar al único elogio tributado por Montaigne a los Reyes Católicos: «El rey Fernando de España, al enviar colonos a las Indias, ordenó sabiamente que no fuesen allí jurisperitos, para impedir que se multiplicasen los pleitos en el Nuevo Mundo, juzgando con razón la ciencia de la justicia cosa generadora, por su esencia, de altercados y división; opinando como Platón que juriconsultos y médicos son malos elementos en un país»²².

Montaigne volverá de nuevo sobre este tema de la administración de justicia que tanto le obsesiona, por la forma tan absurda en que se realiza y los resultados tan inicuos a que da lugar, en el famoso capítulo XII del Libro 2.º.

«Los que vuelven de este mundo nuevo, que ha sido descubierto en tiempos de nuestros padres, por los españoles, nos pueden dar testimonio de cuán más legítimamente y mayor conformidad con la equidad que los nuestros viven esas naciones sin magistrados y sin leyes...»²³ Asimismo, las opiniones realmente revolucionarias manifestadas por los indios que vio Montaigne en Rouen le impresionaron y mitigó la rebeldía que entrañaban con oportuna ironía²⁴.

Como era de esperar, Montaigne ha criticado los crímenes llevados a cabo en el Nuevo Mundo por los conquistadores. Todas las guerras coloniales están cimentadas sobre crímenes. Hoy sabemos bien que es así y ello aún en nuestros tiempos. Era lógico que Montaigne criticase a los españoles que, al ser los descubridores del Nuevo Mundo, fueron los primeros en arriesgarse a conquistarlo. Cuando Montaigne denuncia «tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de pueblos pasados al filo de la espada», la amplitud de la matanza parece inspirarse de Las Casas, cuyos datos, en particular los numéricos acerca de un continente extenso

²² L. III.º, cap. XIII, pág. 1066 (B).

²³ L. II.º, cap. XII, pág. 497 (A).

²⁴ L. I.º, cap. XXXI, pág. 213 (A).